

Violencia, droga y modernidad: notas desde la sociología y el psicoanálisis

VÍCTOR ALEJANDRO PAYÁ PORRES*

EN ESTE ENSAYO SE REFLEXIONA EN TORNO A LA VIOLENCIA desde dos vertientes analíticas: la sociología y el psicoanálisis. La idea central es que la violencia estructural atraviesa los cuerpos constituyendo de esta manera una subjetividad transgresiva. El sujeto, entonces, es efecto de esas estructuras sociales y mentales que tienden a provocar comportamientos violentos en búsqueda del sentido. La violencia atroz puede entenderse también como una ritualidad siniestra que es síntoma de la dificultad que tiene la sociedad para integrar a una buena parte de la población que sufre de exclusión social y simbólica.

Palabras clave: socialización, deriva, goce, ritualidad, transmisión, genealogía.

IN THIS ESSAY REFLECTS VIOLENCE from two analytical perspectives: sociology and psychoanalysis. The central idea is that the structural violence crosses the bodies forming in this way a transgressive subjectivity. The subject is then, effect of these social and mental structures that tend to cause violent behavior in search of the meaning. The atrocious violence, can also be understood as a sinister ritual that is a symptom of the difficulty that society has to integrate a large part of the population that suffers from social and symbolic exclusion.

Key words: socialization, drift, enjoyment, rituality, transmission, genealogy.

* Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM.

Los inmigrantes, y sobre todo los recién llegados, exhalan ese leve olor a vertedero de basuras que, con sus muchos disfraces, ronda la noche de las víctimas potenciales de la creciente vulnerabilidad. Para quienes les odian y detractan, los inmigrantes encarnan –de manera visible, tangible, corporal– el inarticulado, aunque hiriente y doloroso, presentimiento de su propia desechabilidad.

ZYGMUN BAUMAN

Introducción

Este ensayo es un acercamiento a la violencia desde dos ángulos de reflexión analítica. El primero, referido a los procesos estructurales de la globalización de la economía que conducen a la miseria a millones de personas; esta miseria toma formas diversas como la migración o la criminalidad y un Estado del control sustentado en el sentimiento de inseguridad. El segundo ángulo parte de los efectos de la apertura del mercado en el quebrantamiento de los vínculos sociales y emocionales desde donde se transmite y heredan los procesos de socialización temprana que humanizan a las personas y que explican parte de la violencia criminal.

Globalización y Estado del control social

La violencia más eficaz es la que se naturaliza, la que se convierte en parte de nuestra cotidianidad, modificando rutinas, hábitos tales como el de evitar salir por las noches, pasar por determinados lugares o no ser indiferente ante conductas catalogadas como sospechosas. Al principio dichos cambios se toman de mala gana pero, pasando un cierto tiempo, se consideran necesarios, forman parte de nuestra vida y de la vida de las nuevas generaciones. La miseria, junto con la violencia parecen ser parte natural del mundo, un mal ineludible que ha existido siempre, que acompaña la condición humana. En México, actualmente, los pobres, los desarraigados, los migrantes, los refugiados, los prisioneros, las víctimas del crimen organizado (trata de personas, desapariciones, feminicidios, “daños colaterales”, etcétera), son consecuencia de un modelo económico incapaz de

expandir el crecimiento y los beneficios del desarrollo afectado principalmente por la corrupción.¹ La violencia forma parte del funcionamiento de un capitalismo que excluye e integra de otras formas a la población. La exclusión arrasa lo que queda de vida comunitaria en los poblados, en los agrupamientos sindicales, en los barrios donde desaparecen los talleres, los espacios de recreación y convivencia. Aprender pacientemente un oficio, dominarlo, quererlo; desear ser artesano y aprender a serlo (Sennett, 2010) eran prácticas que otorgaban sentido de pertenencia a las familias, formaban el carácter de las personas, integraban a las generaciones a partir de las tradiciones, permitían la herencia de la palabra que otorga el sentido de orgullo y compromiso por los lazos de sangre, por el grupo y la comunidad. Trasladarse a la escuela, despertar la curiosidad por el conocimiento, entusiasmarse por trabajar en grupo, cargar, leer y cuidar los libros, transformar la naturaleza, componer una máquina; todo ello formaba parte de un tiempo valioso, anhelado. Hoy, muchos jóvenes socialmente desterrados, se encuentran a la deriva, como consecuencia de la fragmentación del tiempo familiar, el deterioro de la educación —que produce escuelas de “baja intensidad”— (Keesler, 2004), los trabajos mal pagados y la carencia de ideales, viviendo así un tiempo propio, dictado por el grupo, la banda o pandilla donde se busca el prestigio por medio de conductas de alto riesgo.

El repliegue del Estado o, si se prefiere, la fuerza del mercado, ha terminado por fragmentar todo aquello que encuentra a su paso.² La apuesta

1. Una situación preocupante es el hecho de que parte de la población —la más favorecida— considera que estas diferencias de condición social, económica, cultural, etcétera, son causadas por la falta de voluntad e incapacidad personal de quien anda en malos pasos, es flojo, vago, etcétera. Esta concepción corta de miras, ejerce una influencia poderosa al naturalizar la desigualdad y la exclusión social, y justificar así los procesos de criminalización, las ideologías del derecho penal del enemigo y las políticas de mano dura.

2. Es cierto que la sociología ha estudiado esta transición de lo tradicional a lo moderno (de la comunidad a la sociedad, del mundo militar al industrial, de la solidaridad mecánica a la orgánica) y sus repercusiones. Marshall Berman habló de estos procesos de cambio, con sus inevitables costos sociales, como la experiencia de ser moderno. Su interesante libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, recoge las vivencias placenteras de la modernidad —así como sus costos— a partir del ensayo político, la poesía y la literatura. Creemos que los actuales y dramáticos costos sociales, no son eventos aislados o coyunturales. La desintegración del tejido social es de naturaleza estructural; ésta genera excedentes humanos, desechables, fuera de los parámetros de aquello que se considera una vida llorada. Véanse Bauman (2007), Buttler (2010) y Wacquant (2009).

a la globalización es al mismo tiempo una postura a favor de la exclusión social, del empobrecimiento y, en consecuencia, del aumento de la criminalidad. Cuando se pulveriza el tejido social, se atropella la memoria histórica, interrumpiendo los legados familiares, ancestrales y, por ende, los lazos identitarios. El tejido social, los vínculos emocionales que anudan a todo ser humano, que otorgan un lugar social y psíquico a las personas —que las une con su historia— se desvanecen. En los grupos primarios, se reproducen y transmiten objetos inestimables relacionados con el juego del deseo, la razón genealógica, las deudas simbólicas (Legendre, 1996).³ La vida transcurre entre las generaciones que van dejando un legado, una concepción de vida, un futuro esperanzador. Dicho legado se transmite por la eficacia simbólica de la palabra, por su función interdictora que hace de las personas seres deseantes, articulando su goce a la vida institucional y comunitaria mediante la fiesta, las celebraciones y los juegos. Cuando no es así, el individuo se muestra insumiso, omnipotente, falto de control de impulsos e intolerante ante sus semejantes. La palabra que orienta y somete, ha fracasado, no logra trazar su impronta en el cuerpo, fruto del abandono del cuidado del ser, de la carencia en las creencias y en la decadencia de los rituales, en una era del vacío en donde las obligaciones se evaporan (Lipovetsky, 2008).⁴

El proceso de civilización no puede medirse únicamente por el avance tecnológico, sino principalmente a partir de formas de socialización primaria, de procesos de domesticación del cuerpo, con el fin de disciplinar los excesos e impulsos que atentan en contra de la reproducción del lazo social; de acuerdo con Norbert Elias, este proceso civilizatorio apunta sus fuerzas a la consecución de la templanza y de la regulación del cuerpo de las pulsiones (Elias, 1994). El fracaso de la civilización es la derrota del

3. “La genealogía consiste en hacer lugar asignando funciones, que vienen a ocupar por forzamiento jurídico los individuos, a los que no basta con nacer biológicamente, porque es necesario, para que vivan su condición de especie, que nazcan una segunda vez en el orden de las instituciones, es decir [...] en el orden mítico de la Ley sin el que no habría sistemas jurídicos plausibles” (Legendre, 1996:109).

4. “La posmodernidad representa el momento histórico concreto en el que todas las trabas institucionales que obstaculizaban la emancipación individual se resquebrajan y desaparecen, dando lugar a la manifestación de deseos personales, la realización individual, la autoestima” (Lipovetsky, 2006:23).

tiempo generacional, y del triunfo del imperativo del goce perverso que tiene por sustento la violencia del cuerpo (Recalcati, 2014). Donde únicamente priva el signo del mercado, el reconocimiento social por medio del gasto inútil, y del consumo por el consumo mismo —como una forma de confirmar la existencia—, el arte, el trabajo, la cultura, el deporte, aparecen como actividades superfluas. Todo aquello que se encuentra fuera del imperativo de gozar consumiendo, no tienen ninguna relevancia para la vida. La violencia inicia cuando se obturan los procesos de intercambio subjetivo dados por la cultura, que provocan que se perciba al otro como una amenaza, un obstáculo al que se debe vencer o eliminar para sacar algún provecho económico o de poder. Como en el secuestro. La víctima se transforma en objeto inerte: se le inmoviliza, se le cubre el rostro, se la coloca en estado de indefensión total, es decir, se la anula subjetivamente. La abyección se proyecta a la familia. El intercambio es por dinero, pero también puede sentirse un sentimiento de dominio, un placer perverso en matar a la víctima y provocar dolor en la familia, como dan cuenta las noticias de las ejecuciones, aun cuando se ha pagado el rescate.

La sola socialización por el signo del mercado no garantiza la transmisión de la función simbólica de la palabra, que regula la sexualidad y la muerte de cada sociedad. Dicho con otras palabras, el respeto por las normas jurídicas sólo se logra —aunque nunca de forma total— por la palabra que orienta al sujeto sobre aquello que está o no permitido hacer en sociedad.

En menos de medio siglo han cambiado las expectativas de vida, las profecías e ideologías que otorgaban fundamento al Estado y sus instituciones. Las crisis económicas y sociales no producen únicamente movimientos de protesta, sino reagrupamientos humanos que, por medio de la violencia, quieren parte de este inmenso arsenal de mercancías que, por lo demás, se exhibe obscenamente ante sus ojos como un signo de reputación, pero inaccesible. Los criminólogos han demostrado que no es la pobreza, sino la desigualdad, lo que provoca el aumento de la criminalidad. Es decir, el contraste que muestra el despilfarro y la sed de consumo en unas pocas manos, mientras la inmensa mayoría carece del acceso a los recursos más elementales.

El hiperconsumo y la segregación social no son dos universos apartados, forman dos caras de una misma moneda. En el espacio urbano existen nichos sociales de privilegio, apartados del resto de la sociedad; son complejos habitacionales de lujo que incluyen comercios, servicios

diversos, gimnasios, seguridad privada. En disonancia, proliferan nichos de pobreza extrema, que carecen de los equipamientos urbanos necesarios, zonas de penumbra y de supresión social en donde muchas veces ni la policía se atreve a ingresar. Así, tenemos por un lado guetos de lujo, acorazados e impermeables al resto de la sociedad y, por el otro, guetos donde la penuria y la violencia son el terreno fértil para la venta de droga (Bourgois, 2010).⁵ Otro tipo de nichos institucionales son las prisiones; en México son espacios en disputa. Desde estos lugares operan las bandas del crimen organizado para llevar a cabo el robo de autos, los secuestros y extorsiones. El control por los penales ha conducido a cruentos motines y revueltas que han dejado numerosos presos asesinados. Ahí se reproducen los enfrentamientos que suceden en los poblados y ciudades por el dominio de las plazas y los mercados de droga.⁶

Las transformaciones económico-sociales impactaron en los niveles de pobreza extrema en la sociedad mexicana. La violencia forma parte de la vida cotidiana y el sentimiento de inseguridad integra el imaginario social. Estos sentimientos de incertidumbre se despliegan en diversos planos, por ejemplo, en el de la organización social e institucional. No se defienden ya más los contratos colectivos; es un riesgo demasiado grande perder el trabajo en medio de un mar de desempleados. Los movimientos sociales son manifestaciones de los desequilibrios en la distribución de los recursos culturales, políticos, económicos de una sociedad, no obstante, son sistemáticamente descalificados y criminalizados. Son integrados en esta atmósfera donde priva el desorden y la violencia. Los hábitos cambian. Se evita pasar por determinados lugares o salir por la noche; se asegura la vivienda con alambradas, cámaras y cerrojos de seguridad.

5. "El crack es la droga lumpen por excelencia. Es una sustancia que capta el sufrimiento social y la precariedad de nuestra época. Si bien una dosis se consigue por centavos, también es posible gastar una fortuna fumando la droga cada pocos minutos. Desgasta rápidamente el cuerpo, quita el hambre y el sueño, ofrece apenas unos instantes de placer seguidos por un ansia paranoica y voraz de adquirir más, que fácilmente se convierte en violencia" (Bourgois, 2010:21).

6. Delitos como la extorsión y el secuestro se llevan a cabo desde las prisiones a partir de las llamadas telefónicas, los contactos entre los integrantes de las bandas, etcétera. La disputa y confrontación entre grupos rivales por el control de los penales –y de plazas en el exterior– se manifiesta en los motines y revueltas que culminan con el ajuste de cuentas y el asesinato de numerosas personas.

Los padres vigilan estrechamente a sus hijos en los parques de diversión, en los centros comerciales en donde cualquier persona califica para ser sospechosa. Es un imaginario que no se sustenta en estadísticas sino en los relatos propios o de conocidos que cuentan haber sido víctimas de la delincuencia. Imaginario nutrido también por los medios de comunicación —principalmente los escritos— que exhiben mediante fotografías la violencia excesiva: decapitaciones, cadáveres maltrechos, despedazados, colgados. La mayoría acompañados de mensajes intimidatorios, amenazantes, retadores. Una escritura portadora de una pedagogía oscura sustentada en el regodeo del mal radical. La población no es ajena a esta violencia que vive a partir de la extorsión, del secuestro, de las desapariciones, la trata de personas o los feminicidios.

La modernidad no sólo se mide por sus descubrimientos o avances tecnológicos, también por las nuevas modalidades delictivas que generan estos mismos avances. Los ladrones profesionales de los que habló alguna vez el criminólogo inglés Edwin Sutherland —que sustentaban su actuar en la habilidad para embelesar, embaucar, engañar— no existen ya más. El viejo ladrón pensaba que la violencia era para los ineptos o novatos, aquellos que carecían de ciertos valores. Hoy, por el contrario, predomina el placer por dañar a la víctima, hierirla de una cuchillada o balazo; por castigarla de antemano por no traer dinero que robarle o matarla por tratar de resistirse. La violencia extrema coloca a la población en un estado de indefensión que incrementa —con toda justificación— los sentimientos de inseguridad. Por más que insista el discurso oficial que los números de la violencia están a la baja, la opinión pública está indignada, tiene miedo y no cree en lo que se le dice.

Los delincuentes actúan conforme a las reglas de la prisión o del barrio, mismas que imponen con la misma dureza al resto de la población, con la finalidad de generar un ambiente de miedo y de dominio rápido y eficaz sobre la situación.⁷ Cuando una persona es víctima del crimen,

7. La intimidación, la amenaza, es una práctica que ejercen los delincuentes y sus familiares para que no se denuncie o, en su defecto, se retiren las denuncias. “Ver, oír y callar”, es la máxima que priva al interior de los penales en donde la delación es considerada una traición por parte del “chiva” o “borrega”, quien debe pagar por ello. La indignación, el agravio, se traslada de la víctima (y su familia) al victimario (y su familia). La percepción de la ley se invierte abriendo un campo para la impunidad.

es común escuchar que debe agradecer a la vida porque no le pasó nada grave. Tuvo suerte. La indignación y el reclamo se atenúa. Se sigue vivo. El sentimiento de inseguridad no es algo que se nutre de estadísticas sino de eventos que destacan por su crueldad; por la gratuidad de la violencia extrema. También por la ineficacia en la administración de justicia y los altos niveles de impunidad que lesionan a la colectividad.

El discurso del control, precisamente fundamentado en el sentimiento de inseguridad, aprovecha para meter en el mismo “cajón de sastre” a los delincuentes junto con los movimientos de protesta con el fin de descalificarlos e incluso criminalizarlos.⁸ Cualquier crítica tenaz es vista como un atentado en contra de las instituciones. Cuando la inseguridad genera caos e incertidumbre, la mayoría de la población se inclina al ejercicio de una autoridad fuerte. Si no hay confianza en las instituciones, las comunidades toman la justicia por propia mano, como se observa en los linchamientos.

Históricamente, el paso de un Estado del bienestar, regulador de una política económica y fiscal ha desaparecido, la economía mixta keynesiana quedó atrás. Milton Friedman es el triunfador. La educación, la salud, el trabajo y la seguridad de la población, pertenecen menos a la cosa pública. En esta lucha entre el Estado y el mercado, este último ha tomado claramente la delantera, abriéndose paso en áreas que tradicionalmente estaban en manos del Estado como la educación, la salud, la infraestructura o la producción de determinados insumos o alimentos. El neoliberalismo económico avanza incluso, en detrimento de los ideales de paz y orden, principios del viejo liberalismo político. La violencia y la corrupción alcanzan a las instituciones, incluyendo a los cuerpos de seguridad.⁹

8. Es común escuchar, por parte de algunos medios de comunicación, que las carreteras o determinadas instalaciones han sido “secuestradas” por los movimientos sociales. Insisten en la irracionalidad de sus demandas, en la inexistencia de las huelgas o la arbitrariedad de sus marchas o plantones. Sus líderes han sido acusados por amotinamiento, terrorismo o secuestro. Reciben fuertes condenas como si fueran criminales peligrosos o capos del narcotráfico. Un ejemplo es el movimiento de San Salvador Atenco, que se opuso a la construcción del aeropuerto durante el gobierno del presidente Vicente Fox Quesada.

9. Contradicciones culturales del capitalismo, denominaba Daniel Bell (1976) al choque entre la lógica política de la igualdad, con la lógica económica de la ganancia.

El Estado neoliberal da paso a un Estado que apunta sus fuerzas a la vigilancia y la represión social. Proliferan leyes que judicializan la vida privada. Síntoma ineludible de que algo falla en los procesos de socialización temprana. Se trata de regular la interacción de los espacios públicos, así como de las conductas que alteran la convivencia. Jonathan Simon estudia este cambio estructural que sufre la sociedad invadida por la inseguridad, que tiene su correlato en un Estado del control social, que suscita su actuar en la normatividad y la vigilancia (Simon, 2011). Si bien su estudio trata de la sociedad estadounidense, se observa el mismo tipo de tendencia en México. David Garland (2005), por su parte, subraya los procesos de exclusión social y el encierro. Se trata ahora de someter a los incorregibles, a los peligrosos o a los sospechosos de serlo. La sociedad produce a sus extraños y enemigos que toman el rostro de los migrantes, de las bandas delincuenciales, de los informales. En México, no es usual que el discurso jurídico se interrogue qué transformaciones sociales han provocado que la sociedad “fabrique” sujetos violentos, omnipotentes, que no están dispuestos a respetar los límites.¹⁰ El sociólogo Loïc Wacquant en *Castigar a los pobres* (2009), demuestra la realidad de millones de personas que han sido expulsadas de los circuitos del desarrollo capitalista y que han ido a parar a campos de refugiados, guetos, cárceles de la miseria o simplemente deambulan como migrantes expuestos en cualquier momento, no sólo a ser explotados económicamente, sino también eliminados. Son, parafraseando otro estudio que camina en el mismo sentido, *Vidas desperdiciadas*, es decir, vidas de hombres, mujeres y niños que jamás formarán parte de un sistema económico que basa su actuar en las leyes del mercado, con su implacable lógica de la ganancia y que arrasa con la vida en el planeta (Bauman, 2005). Estas vidas no forman parte de las leyes de la acumulación capitalista con su ejército industrial de reserva —dependiente de los movimientos de expansión y retracción del ca-

10. La criminología sigue dominada por el discurso jurídico y de los derechos humanos donde normas y preceptos dictan lo que debe ser. Las reglas ideal típicas que deben seguirse. No obstante, las personas, en el mundo real, a partir de sus actividades y tradiciones adaptan la normatividad, se la apropian y la adecuan de acuerdo con sus intereses, conveniencias, etcétera. No es casual que saberes como la sociología, la antropología y el psicoanálisis no forman parte sustantiva en los planes y programas de estudio de los criminólogos.

pital—, sino verdaderos sobrantes destinados a la zozobra y precariedad; al ser desterradas del orden simbólico, estas vidas no son consideradas dentro de los parámetros de humanidad, por ende, su muerte no es digna de obituario alguno. La desnudez de la vida estriba en su falta de futuro. La desaparición forzada es uno de los rostros de esta precariedad. Nada apremia a los políticos que consideran que las víctimas son parte de los daños colaterales. Su destino no contempla el llanto, tampoco el duelo social (Buttler, 2010).¹¹

Droga, juventud y deriva

El nuevo infierno surge de una profunda distorsión del malestar en la cultura de Freud. Mientras ese malestar nacía del conflicto entre el programa del instinto y el programa de la Cultura —la civilización implicaba la muerte del animal y el sacrificio pulsional del ser humano—, el actual parece estar generado por el perverso culto a un goce inmediato, ilimitado, absoluto, carente de diques. Un goce sin causa, un goce que no goza del sacrificio, sino tan sólo de su crecimiento y de su infinita potenciación.

MASSIMO RECALCATI

Las reglas de la producción son claras: buscar el máximo beneficio al menor costo. Las del mercado también, toda oferta crea su propia demanda y viceversa. El proceso concentra y centraliza capitales. Pero en la sociedad del hiperconsumo, en la era del vacío, en la sociedad líquida y en la miseria del mundo, la droga es una inversión atractiva. La relación costo-beneficio es inigualable (Cajas, 2004). La regulación de la competencia se basa en la eliminación literal del contrincante a partir del terror, de la tortura, de la decapitación. Esta pedagogía negra llega incluso hasta la profanación del cadáver. Este ejercicio del mal tiene como contracara el miedo a la inseguridad. El resultado: el aumento de los servicios de seguridad pri-

11. Ante un Estado replegado y un movimiento de mercado libre, millones de personas están expuestas a la explotación mercantil sin ningún tipo de seguridad social. Una explotación muchas veces ilegal, como sucede con la trata de personas.

vada y una industria prolífica en la producción de armas, de blindajes, de alambradas, de cámaras de seguridad, de controles de acceso, de alarmas, etcétera. El empresario garantiza y fortalece su capital diversificando su inversión. También la industria de la droga combina la venta de enervante con el secuestro, con la prostitución, con el robo de autos o a casas-habitación. Diversifica su actuar en el mercado ilegal en donde el cuerpo es una mercancía más, que se intercambia por dinero o se elimina.

La modernidad no es inocente en sus secuelas, como lo han demostrado sus críticos. Expulsa, decíamos más arriba, a hombres, mujeres y niños de los circuitos de crecimiento y desarrollo, y de los beneficios sociales que antaño el Estado de bienestar procuraba. La desintegración social forma parte del funcionamiento estructural del capitalismo. La pobreza se apropia de los espacios en donde antes se encontraba el pequeño taller, la cancha deportiva, la escuela, el cine del barrio. El abandono de las funciones básicas del Estado mexicano, que fueron fundamento para sostener las redes sociales (el tiempo escolar, las competencias deportivas, los torneos barriales, las casas de cultura con sus talleres, espectáculos, pláticas y encuentros) se han debilitado.¹² El sociólogo argentino Gabriel Keesler (2004) demostró cómo las instituciones encargadas de los procesos sustantivos de socialización como la familia, la escuela o el trabajo no representan un sentido profundo para los jóvenes. En el barrio los jóvenes adquieren conciencia de la importancia y valor que tienen las armas y el dinero como signo de reconocimiento.¹³

La depredación ecológica del capital y la ruptura de los vínculos sociales, grupales y comunitarios en favor de este individualismo posesivo,

12. Los oficios y talleres familiares que ofrecían la posibilidad de aprender alguna habilidad como la de ser sastre, herrero, talabartero, carpintero, mecánico, plomero, encuadernador, radio-técnico, embobinador, electricista, panadero, se han esfumado. Si se necesitaba algún dinero, bastaba trabajar de ayudante en cualquiera de esos talleres. Daba tiempo de ir por la noche a la escuela. La calle también era un lugar de juego, en donde con cuatro piedras se hacía una cancha de fútbol. Existía una sociedad de las esquinas.

13. *Sociología del delito amateur*, se inscribe en la tradición académica de la Escuela de Chicago, precursora en el trabajo de campo urbano, la etnometodología y la microsociología de la situación e interacción social. Esta escuela fue pionera en interrogar el tema de la trayectoria social, que da cuenta de cómo se llega a ser algo en la vida: músico de jazz, paciente mental, fumador de marihuana o ladrón profesional.

abre espacios de pobreza y también de conservación inmediateista, de una lucha tenaz por la supervivencia. Ante un Estado replegado y un movimiento de mercado libre, millones de personas están expuestas a la explotación mercantil sin ningún tipo de seguridad social. Una explotación muchas veces ilegal, como sucede con la trata de personas. Otro ejemplo visible es el de millares de jóvenes maras salvatrucha, que son frutos de la guerra civil salvadoreña y de la orfandad que ésta provocó. Estas pandillas son consideradas sumamente violentas y sin duda lo son, pero generalmente se omite su historia, en donde se inscribe esa otra violencia que devastó a las familias que dejaron abandonadas e indefensas a miles de infantes.¹⁴ La policía no ve en las bandas o pandillas otra constitución que no sea la de la irremediable malevolencia y la falta de voluntad por querer cambiar.¹⁵ Como muchos otros, los jóvenes delincuentes son atraídos por el mercado, por esos objetos-signo que otorgan prestigio, valor y reconocimiento social. Sin conciencia política, las bandas se confrontan entre sí, alimentadas de fantasías persecutorias sobre la existencia del ser (Elkin, 2000). Pertenecer a un barrio, a una calle y no a otra, puede costar la vida. Identidad y espacio están en constante disputa. La represión policiaca prevalece ante un medio inmune a la prevención, un ambiente criminógeno, transgresivo, donde la desobediencia y la búsqueda del respeto, depende de los mercados ilegales (Bourgeois, 2010).¹⁶

El consumo de drogas adquiere formas diversas. Quien se encuentra atrapado por el consumo, se aferra a su cuerpo pulsional. La figura del drogadicto es aquella que consume su propia herencia. Vive como

14. Los cuerpos de estos jóvenes y muchos otros más, están impregnados de histrionismo: manos que hablan, rostros surcados por dibujos y letras, convertidos en enigmáticas máscaras. Dorsos, brazos y espaldas tatuadas. Lenguaje a contracorriente del resto de la sociedad. Retorno violento, despolitizado, infructuoso que apunta su enojo en contra de la población. Nunca ha estado más cercana la fiesta de la muerte, de la vida loca.

15. El habitus es causa y efecto de una estructura social diferencial. Dicho con otras palabras, el barrio se lleva en la misma carne, en las palabras, el argot, que forma parte de un horizonte de pensamiento y de vida. Las estructuras sociales y de poder, son estructurantes, para utilizar una expresión de Pierre Bourdieu.

16. Recordemos con Foucault que el control del Estado pasa por el de las ilegalidades. Control de la venta de la droga, de las armas, de la violencia social, de las cárceles de la miseria. Mientras se eliminan entre ellos no hay problema, son vidas desechables.

si fuera el último ser sobre la Tierra. El mañana no existe, no tiene ideal que transmitir. De su pasado sabe poco: un padre golpeador, una madre prostituta, orfandad, abandono. El orgullo ancestral se perdió. Su lugar es el cuerpo extasiado. Ahí pertenece, donde la embriaguez suspende el tiempo. El *yonqui* no busca placeres mundanos. Una guitarra o un libro en las manos son objetos extraños, metáforas de una vida no rotulada. El drogadicto viaja en una locomotora sin conductor ni rumbo. Los ideales se desvanecen en el vértigo del consumo, del gasto inútil. El adicto es como un pájaro con el ala rota, da vueltas sobre sí mismo. Los cuerpos sin ideales, fuera del juego del deseo, son materia infértil y prestos para ser utilizados como instrumentos del goce pleno, orgiástico y mortífero (Milmaniene, 1995). La vida se va secando cuando los sueños se pierden. Las personas que crecen en universos en donde la cultura no es prioridad, las instituciones pierden su sentido y la palabra es vacía, difícilmente hacen comunidad, pues los otros son una amenaza. Antes que acercarse a las personas, la mirada se percibe como una violación al ser. ¿Qué me ves? Es una pregunta y una bravata ante lo que se considera un atentado en contra del narcisismo. Las vidas precarias toman cuerpo en frases que acuñan los jóvenes latinos. Por su contundencia, estas expresiones son tentación ineludible para los títulos de libros y ensayos de académicos: “no nacimos pa’semilla”, “marcando calavera”, “con el diablo adentro”. El sujeto no juega más dentro de un orden social, sino que es jugado por éste, su desnudez lo hace proclive a ser desechable. “Dios es una sustancia” se lee en uno de los apartados de *El truquito y la maroma, cocaína, traquetos y pistolocos en Nueva York*, del antropólogo Juan Cajas (2004). La vida completa gira en torno al psicofármaco moderno, al polvo de ángel, a las yerbas de los dioses que se llevan en prácticos paquetitos para ser ingeridas. Como el *Fausto* de Goethe, el consumidor junta el cielo con la tierra. No puede entenderse el consumo de la droga sin una fase placentera. Pero al tiempo, el consumo también se acerca al infierno: se vive sujetado por la herida (Epele, 2010). La droga es el tiempo de la intemporalidad, no aquel tiempo sagrado, el del eterno retorno, hierofánico, revelador de sentidos ocultos que hacían de la enfermedad, el dolor, la tragedia y la brevedad de la vida, un tiempo misericordioso para apaciguar las angustias. El tiempo de la droga vale todo. Ocupa toda las sensaciones y, no obstante, nadifica al ser. No lo integra en la comunidad, antes bien lo expulsa continuamente, su magia es fallida.

Otro de los escenarios del consumo de las drogas se relaciona con la medicalización de la vida. Actualmente se habla de trastornos de la personalidad. Desde muy temprana edad se diagnostica la conducta. Tenemos así infantes hiperactivos, con déficit de atención, o deprimidos. Una vez clasificado el síntoma, pertenece al cuerpo orgánico, fuera de todo relato familiar. No se dice que el medicamento des-subjetiviza. Deja fuera de la historia al sujeto, pues hay dolores que provienen del vínculo. Hoy todo es orgánico. La sociología, la antropología y el psicoanálisis no existen en un mundo de psiquiatras y criminólogos clínicos. La droga legal instauro la culpa individual pues los trastornos no son síntomas o analizadores del grupo, las instituciones o la sociedad, sino de la mala sangre que corre desde el nacimiento. La droga ilegal, criminaliza ya que empata la culpa subjetiva con la legal. Base significativa de muchos otros eslabones de discriminación e impunidad. Se vincula con la desposesión de la ciudadanía. Quien consume, inmediatamente es considerado adicto, el que se adhiere por voluntad al goce corporal. Quien consume ingresa en automático en la lógica de la sospecha, cambia la naturaleza de su condición social, pero también humana.¹⁷

Los procesos de humanización se quebrantan. Sin grandes relatos, los rituales son prácticas huecas. Cuerpos que caen al vacío, sin ideales, ebrios de sí mismos. El yo ideal gana terreno sobre el ideal del yo. El cuerpo en el sueño autárquico. Retracción libidinal y anclaje del cuerpo en la ebriedad incestuosa, fantasma del vientre materno, ahí donde el hambre y el frío son inexistentes. Fuera de todo juego del deseo, el cuerpo como un cristal roto en mil pedazos, va cayendo de trocito en trocito.

Subcultura de la violencia

La disputa del espacio cambia radicalmente sus formas de confrontación. Las tecnologías, el contrabando de armas, facilitan lo anterior. La venta

17. Incluso, cuando el drogadicto o alcohólico es considerado una persona enferma, su enfermedad se relaciona con la falta de fuerza de voluntad y el goce. Ningún alcohólico con insuficiencia renal es candidato para un trasplante de riñón. Sería tanto como premiar, no a un enfermo, sino a un des-obligado.

de droga se pelea en cada trozo de calle en donde se ultima por unas monedas. La colusión corroe las instituciones. El cinismo e impunidad se imponen. El repliegue, la despolitización ciudadana es su consecuencia. Los tiempos cambian. El tiempo de la violencia es un tiempo paralelo que aumenta por encima de la vida laboral o educativa (Perea, 2007). Es el tiempo del aturdimiento. Del juego de jugarse la vida por vivirla intensamente, derrochadoramente. Es el tiempo del gasto inútil por el prestigio instantáneo que, crea su propio ethos, el de la Maña (Morin, 2015).

La narcocultura se distingue por la exhibición suntuosa: armas con incrustaciones de piedras preciosas y acabdos en oro; llamativas mujeres, animales exóticos. El alarde alcanza a la muerte: ser enterrado con las armas o la camionetota; en las tumbas-mansión, que compiten por ver quién está más cerca del cielo. Cultura chabacana, vertiginosa, juguetona con la muerte pero también con lo siniestro: poner un gorro navideño al muerto, intercambiar una cabeza humana por una de marrano, clavar en la carne un picahielo para fijar el mensaje, desollar el rostro, descuartizar los cuerpos, revolverlos, poner un dedo aquí y otro acá, fumarse al muerto, etcétera.

La subcultura de la violencia crea sus propios santos y rituales: Malverde, La Santa Muerte, La Virgen de Sabaneta. Representaciones que condensan emblemáticamente la cultura de la violencia puesto que, más que impedirla, la autorizan y la promueven. A la Santísima Muerte se le nombra de variadas formas como son La santa Señora de la Guadaña, La Flaquita, La Niña Blanca, La Madrina. Se le viste con traje de novia o de viuda, se le forra con billetes. Se le da de beber tequila y de fumar puro o mariguana; se le abraza de la cintura y se le besa en la boca. Amor a la niña-novia-madre. Culto y santificación a la madre. Incesto y transgresión se ligan. Los rituales se acompañan con sangre. Su culto no carece de tabúes pues, se dice, que la figura no se debe comprar, sino robarse o, al menos, ser regalada. No debe ser tocada por extraños. Se le debe cumplir lo prometido. En los altares no deben faltar, flores, dulces, cigarros y alcohol. Cualquier violación a estas normas provocará la muerte de algún familiar, el encarcelamiento, alguna desgracia.¹⁸ La estrecha relación entre los creyentes y la Santa Muerte es de carácter incestuoso. La transgresión

18. Afirma Elkin (2000) que la virgen de Sabaneta (la virgen de los sicarios), es un desplazamiento y extensión inconsciente de la madre santificada hecha virgen.

sin duda, inicia en el desdibujamiento de la Ley simbólica del padre, que tiene su correlato en el rompimiento del tabú del incesto y la omnipotencia narcisística.

La sociedad es una matriz simbólica que genera ideales y sueños; el proceso civilizatorio es al mismo tiempo un proceso de sublimación de pulsiones, de anudamientos entre la carne y los símbolos. Carentes de ellos emergen las fantasías arcaicas, incestuosas, canibáticas. Muchas de ellas se llevan a la práctica al decapitar al otro, lamerle la sangre, profanar el cadáver. El individuo ominipotente, emula la castración en lo Real-ominoso del cuerpo del otro. Lo incorpora a su ser en su radicalidad infernal. Imaginario del mal que embriaga al ser necrofilico.

No es un detalle casual o intrascendente la forma de asesinar. El criminólogo alemán Hans von Hentig, en su libro sobre *El asesinato* (1980) ya refiere sobre este placer de estar cerca del cuerpo al momento de matar: sentir los estertores, el ritmo de la respiración, mirar correr la sangre. La elección del arma no es sólo un problema técnico –que, sin duda, depende de la situación– sino personal, principalmente cuando se tiene la oportunidad de tener prisioneros. La sensación de poder es diferente. El prisionero es el enemigo, de antemano ha perdido su condición humana. La tortura y el daño infringido a los cuerpos de las víctimas así lo demuestra. La abyección implica la humillación, la provocación del grito o chillido casi animal, la exhibición obscena –de naturaleza sexual– de la carne. La castración en lo Real del cuerpo del otro, forma parte de una serie de fantasías arcaicas de comerse el cuerpo, de apropiárselo de manera absoluta. Fantasías antropofágicas que se observan en actos como el descuartizamiento o la decapitación. Finalmente, decapitar es un mensaje que *remite a la ley*, sea para convocarla o para desmentirla. En ese sentido tenemos, *a*) los que disputan los espacios de venta: “ya venimos por la plaza”, “esto les va a pasar a todos lo mugrosos que lleguen”; *b*) los que refieren el abuso hacia la población “esto les va a pasar a todos los secuestradores y que anden robando”, “por meterse con la familia”; *c*) los que reprochan a las autoridades: “por no respetar los acuerdos”, “sólo muere quien debe morir, sépanlo toda la gente, esto es justicia divina”; *d*) los que delatan y traicionan: “esto le pasa por chapulín”, “esto me pasó por dedo...” (aquí la primera persona hace hablar al cadáver).

El video de la decapitación recorrió las redes desde el año 2010. Se observa en primer plano cuatro hombres enmascarados con vestimenta estilo militar (gorras, cinturones, chalecos) color negra. La venda plástica sujeta con fuerza sobre el rostro del prisionero. Las manos amarradas, cruzadas al frente. Todos los que le rodean portan metralleta y cuchillo. De arriba cae la luz sobre la víctima. El escenario sugiere un juicio sumario. ¿Para quién trabajas? Interroga el verdugo. Repítelo. ¿Cuál es tu función? Repítelo. ¿Que tenían planeado? Repítelo. Las respuestas son entrecortadas. La angustia invade al cuerpo abyecto. El interrogatorio termina con una frase lapidaria: *tú ya de aquí te vas*. El verdugo saca un cuchillo del cinturón y mientras el resto de los compañeros sujetan al prisionero con la cabeza hacia atrás, es decapitado vivo. La cámara enfoca hacia la apertura de la garganta de donde fluye la sangre, junto con un sonido indescriptible por el cual la vida se va. Al topar con la tráquea, el cuchillo da una serie de golpecitos sobre el hueso. El sonido hueco hasta encontrar aquel otro del pliegue por donde el acero escindirá la cabeza del cuerpo.¹⁹

¿Cuál es el sentido de la reproducción de esta situación? Un escenario que hace de la ejecución, sin duda, un espectáculo, apropiado para un mundo donde las imágenes circulan velozmente. Pero algo nos dice que esta exhibición carece de ritualidad simbólica. Lo mismo que muchas otras muertes que quedan en la vía pública, a la vista de todos. O su simbolismo necrófilo se agota rápidamente.

A diferencia de la muerte del parricida Damiens, que es relatada al inicio de *Vigilar y castigar* por Michel Foucault, su ejecución no está fuera de una economía punitiva y de la razón de Estado que autoriza a pulverizar literalmente a quien atente contra ella.²⁰ Es cierto que el narcovideo pue-

19. Tal vez eso es lo que Lacan llama lo siniestro. La extracción del objeto "a" que emerge de la angustia plena. El sonido de la decapitación paraliza al espectador, suspende el cuerpo. El acto mortal no permite su expresión en palabras. No hay dimensión simbólico-imaginaria, únicamente un imaginario siniestro.

20. La procesión militar que acompaña a Damiens, el número de latigazos recibidos, la cera ardiente que cae en la carne y el desmembramiento que sufre el cuerpo, forma parte de una economía política del castigo. También la confesión y el alarido. El desprestigio y burla hacia la autoridad (así como el crecimiento de la sociedad de masas, los procesos humanitarios y de civilización, las tecnologías disciplinarias, la consolidación del Estado moderno), condujeron a que estos dispositivos de poder fueran sustituidos por los grandes complejos penitenciarios y un nuevo campo de saber-poder.

de servir como un medio para amedrentar al enemigo, una especie de pedagogía siniestra, basada en la radicalidad de una violencia ejercida sobre los adversarios, para que sepan a qué atenerse en caso de volver a invadir un mercado que no les pertenece, por ejemplo. El acercamiento de la lente atrapa la mirada. El sonido producido por la respiración que se fuga por el corte, del que emana la sangre, proviene de otro lugar. Indescifrable. Suspende el tiempo, obliga al cuerpo a no distraerse.

Se juzga y exhibe al prisionero. Sus captores portan uniforme, están armados. Sus rostros están cubiertos. Las preguntas realizadas al prisionero no tienen ninguna intención de exonerarlo. Sólo corroborar la culpa. De antemano, su suerte está echada, pero no está de más la confesión. El prisionero no es una víctima sino un enemigo. Su conversión facilita el sacrificio. Respecto al uso de la máscara Wolfgang Sofsky comenta:

Desde siempre, los verdugos, torturadores o escuadrones de la muerte han llevado caretas o capuchones para que la víctima no vea quién la está maltratando o la va a matar. La máscara mantiene el anonimato, protege de la mirada del moribundo, de su maldición. Pero enmascararse no es sólo una especie de medida de precaución mágica. La propia máscara representa la muerte. No permite que se vea ni una mirada, ni un levisimo movimiento del rostro del verdugo, ni la más muestra de sentimiento. En esto radica su poder mágico. Antes incluso que el primer golpe, infunde a la víctima un miedo a la muerte que la deja paralizada. La máscara es un utensilio de trabajo en la labor del exterminio. Sea cual sea el estado de ánimo del asesino, esté furioso, de mal humor o contento, le proporciona la indiferencia moral con la que suele llevar a cabo su mortífera tarea. Cumple su cometido con serenidad. La ejecución no es un combate es un acto anónimo, aunque de una enorme cercanía (2004:52).

La alusión de uniformes y gorras militares hablan de cierta investidura. La sentencia y ejecución son llevadas a cabo en nombre de alguna potestad o ley.²¹ El interrogatorio, como decíamos, confirma la culpabilidad

21. Los jóvenes Eric Harris y Dylan Klebold, quienes perpetraron la masacre en la escuela secundaria de Columbine, así como el coreano Seung-Hui Cho, asesino de sus compañeros y profesores del Tecnológico de Virginia, vestían como militares. La lista puede incrementarse. Parte de las fantasías de estos homicidas-suicidas es la de trascender con sus actos, la de ser recordados por siempre. Son justicieros que se victimizan. Quieren dar una lección al mundo. Vestirse para la ocasión es una indicación del lugar de la investidura que se quiere portar.

de la víctima dada por la confesión que se le hace repetir. La palabra del confeso cobra el valor de la certeza, de la verdad de quien juzga en el nombre de un Otro apocalíptico. No existe un principio jurídico más alto, un Dios al cual rendir cuentas. Quienes someten al prisionero están en el lugar mismo de un Dios temible. Recordemos que el castigo en la sociedad democrática debe ser legitimado en nombre de un valor supremo, mediante un proceso legal que permite la defensa del inculpado. La ley de los hombres es falible, requiere someterse a las pruebas. Únicamente Dios es perfecto. Siendo el dador de la vida, es el único que puede quitarla. Sus representantes, hablarán en su nombre, no en el propio. Thomas Hobbes, quien abogaba por un Estado leviatánico omnipresente y omnipotente para conseguir el orden y la paz social –en un estado de naturaleza que vive la guerra por la ambición y el honor–, reconocía que dicho Estado mortal, se debía al Dios inmortal. El Estado que no reconoce una autoridad mayor –la única que en su inefable existencia es absoluta–, cae irremediablemente en el totalitarismo. El fascismo, los gobiernos militares, el autoritarismo, usurpan ese ministerio en nombre de un ideal cristalizado en la raza superior (Legendre, 1994; Recalcati, 2014). Sacerdotes y políticos deben ser deudores, herederos de ese ideal y no el ideal mismo. Por eso, la toga, el ribete, el bastón de mando, la corona, son símbolos que representan ese lugar sagrado.²²

Y es que una cosa es hablar en nombre de Dios, la Ciencia o la Ley y otra cosa es, insistimos, arrogarse el lugar de ese Otro.²³ Hacerlo implica disponer impunemente de la vida y la muerte de las personas. Por eso, la

22. “[...] sin la ritualidad de los procedimientos la función automáticamente simbólica del juez se hace incomprensible; las formas son la única salvaguarda del carácter no dual de las relaciones entre la justicia, los expertos y el acusado” (Legendre, 1994:43).

23. Dice Goffman que el soldado que sigue obsesiva e intachablemente los ideales del ejército puede incluso poner en peligro a los compañeros de combate, se coloca en el lugar del ideal sin tomar cierta distancia con una realidad que siempre es compleja, enriquecida y, por ende, impredecible en su totalidad, por lo que las normas requieren un proceso de adaptación y ajuste permanente. Max Weber decía que el profesor no debe encarnar ninguna Verdad o Ideología puesto que ésta pertenece al orden de las creencias en donde la lucha entre los dioses es a muerte. El profesor, por el contrario, debe mostrar que la realidad es incómoda. Esto significa que es un agente que moviliza el pensamiento, un operador simbólico que provoca la reflexividad, vale decir, que gracias a su toma de distancia con una verdad dogmática, permite el avance de la ciencia.

investidura militar, el anonimato de la máscara,²⁴ el juicio-interrogatorio y la decapitación, muestran que los verdugos están en el lugar de una ley cruenta. La decapitación es la práctica extrema de la mutilación. El cuerpo sin cabeza es carne anónima.

Si un grupo criminal deja varias cabezas de personas frente a una estación de policía —o dichas cabezas son de policías—, acompañadas con un mensaje que dice: “para que aprendan a respetar”, observamos esta convocatoria a la Ley, con dos posibles explicaciones. La primera referente a la autoridad que se corrompe con los grupos criminales. Hay un pacto que se rompe y debe ser reparado fatídicamente para que el negocio más o menos funcione y no se caiga. La segunda situación apunta hacia la imposición, por parte de la criminalidad más violenta, de imponer su propia ley sádica, sustentada en la embriaguez que provoca el asesinar, el confrontar la vida, derrocharla. El límite no existe. El único imperativo es el de gozar el juego del riesgo. Colocar al cuerpo en peligro. La ebriedad del vértigo es lo que cuenta.²⁵ Los criminales piden respeto y lo hacen a partir de un gesto terrible, donde se disputa quién es el portador legítimo del límite.

No hay un desconocimiento de la Ley que señala los límites entre lo permitido de lo que no lo es. Pero el sentido se trastoca por el de esa otra ley que ordena gozar.²⁶ El video muestra así diversas posibilidades de análisis que adquiere la violencia atroz, en donde cae el Tercero Referencial

24. “El enmascarado puede hacer todo lo que se le ocurra y le venga en gana sin ser reconocido. Es dueño y señor de la vida y la muerte, del cuerpo del otro. Aniquilando a la víctima, lleva a efecto toda su energía destructora. Se expande, crece hasta salirse de sí mismo. La máscara esconde cómo una sonrisa de satisfacción infantil se dibuja fugazmente en su cara” (Sofsky, 2004:52).

25. El hecho rebasa por mucho el tema de la legitimidad de la ley jurídica ya que hablamos de un momento lógico anterior: el de instituir la subjetividad por medio de procesos de socialización temprana dados por la palabra que humaniza, que impone límites, que integra ritualmente al individuo al cuerpo social.

26. “Todo aquel que transgrede convoca al padre para que instaure el límite liberador, que no es sino aquel que proviene de la caída de la instintualidad desaforada y culpógena. Por eso los delinquentes siempre evidencian una historia infantil en la que se detecta un padre ausente, o bien la presencia de un padre inductor del *acting* cómplice en el desafío a la ley de la prohibición del incesto y a las normas que sostienen la diferencia de los sexos” (Milmaniene, 1995:54).

(Dios, la Ley, la Ciencia, el Mito) y la ocupación de ese lugar, por sujetos omnipotentes, que se extasían del cuerpo abyecto; transforman a la víctima en un cuerpo escindido, desde donde emerge la angustia de la cual se embelesan.²⁷

Conclusiones

La Ley de la palabra —la Ley simbólica de la castración— introduce un intercambio que está en la base de todo posible pacto social: la renuncia al goce de todo, a serlo todo, a disfrutar de todo, a saberlo de todo, hace posible la obtención de un Nombre, volverme humano, la inscripción en el cuerpo de la comunidad a la que pertenezco.

MASSIMO RECALCATI

Todo ser humano precede de la razón genealógica; la condición humana nace de los lazos de sangre, de la pertenencia dentro del juego del deseo que otorga existencia por medio de la mirada, de la palabra, del cuidado del otro (Legendre, 1994). La existencia se alimenta de los pensamientos y los recuerdos de quienes nos rodearon desde pequeños. Efecto de este juego del deseo es que podemos soñar, caminar hacia el horizonte. Emergemos como seres humanos gracias a los mitos, los cuentos e historias, garantes de que nuestras vidas se inscriban en la narrativa social (Pommier, 2002). Los hijos de la guerra, los huérfanos, los desarraigados, llevan una existencia puntual, día a día, en el aquí y el ahora.²⁸ Sin orgullo por los

27. Esta misma lógica se observa en los secuestradores que cosifican el cuerpo de la víctima inmovilizándola, cubriéndole el rostro, imposibilitándole hablar, mirar, es decir, impidiendo establecer cualquier tipo de contacto con sus agresores que evitan de esta forma, verse afectados por la palabra. Al mismo tiempo, la negociación con los familiares parte de colocar a éstos en total indefensión —para controlar la situación— provocando la escisión de la subjetividad y la emergencia de la angustia de la que abreva el agresor, impulsado por su goce perverso.

28. Finalmente, habrá que plantearse qué sucede con las miles de personas que quedan en la orfandad, asesinados, desaparecidos, daños colaterales que son consecuencia de la guerra por las drogas, de la miseria económica que desmantela las instituciones, los grupos, los procesos de socialización temprana básicos para transmitir una ética del cuidado de sí mismo y de los otros.

ancestros y con un futuro nublado, se vive el presente inmediato en esa búsqueda infructuosa del sentido, en donde la confrontación violenta es una realidad. Pérdida de la metáfora. Para asegurarnos de una existencia los cuerpos deben ser marcados por símbolos e ideales; paso de la naturaleza a la cultura, de la carne al sueño. Cuando el vínculo social se deshace, el cuerpo flota sin anclaje que no sea el de la droga y la apuesta en el juego por la existencia. El joven suicida muchas veces busca el último sentido de la vida en el acto. El goce del fármaco rebasa los placeres mundanos.

Los imperativos de la vida social tienen sus fundamentos en los mitos, las fantasías y los cuentos de antaño. Marcan el cuerpo de la angustia en la palabra apaciguadora que lo anuda en el lazo social. Los rituales inscriben el cuerpo biológico en la sociedad. De lo crudo a lo cocido, de la carne al hueso, de la esterilidad a la fecundidad. Separan y conectan el mundo de los muertos y de los vivos, lo visible con lo invisible, todo ello acompañado por cantos, música y danzas. Por palabras mágicas y heridas simbólicas: un tatuaje, una incisión, un corte de cabello, la extracción de un diente, prácticas que someten al individuo al cuerpo social. Se baila sobre la tumba para que el cadáver descanse y su alma llegue con los suyos que es a donde verdaderamente debe estar. Vida después de la vida. El rito fúnebre facilita el duelo, el cierre de uno es la suspensión del otro. Es el trazo de la ley que somete al cuerpo en el orden mítico, rompe la omnipotencia del individuo y evita la mezcla del universo social. Sólo lo Uno, lo absoluto es perfecto y el hombre se somete a ese otro denominado Dios, la Sociedad, la Ley, la Ciencia o el Tótem.

Se mata para interrogar a la vida, para subrayar el sentimiento de supervivencia y fantasear así la inmortalidad (Sofsky, 2004). El placer por el mal extremo prevalece. Una nota periodística revela que en el estado de Chihuahua, un grupo de niños de entre 11 y 15 años mataron a otro de seis años jugando al secuestro (*La Nación*, 17 de mayo de 2015). La nota describe la premeditación y crueldad con la que actuaron los infantes al amarrar a este pequeño, golpearlo con piedras y acuchillarlo para después sepultarlo y encima —para “camuflajear” el terreno— colocarle un animal muerto. ¿Estaban jugando? El juego, de acuerdo con Roger Caillois (1994), entra en ciertos parámetros éticos que permiten la socialización y la introyección de reglas y valores. Y si bien se reconoce la existencia de juegos vertiginosos y miméticos éstos no salen de ciertas coordenadas sociales. Aquí la fantasía desplegada en la radicalidad del mal, desterró todo

universo simbólico cuando el grupo de pequeños —similar al de una horda extasiada— se apropia del cuerpo de su compañerito privándole de la vida. En este juego se recreó una situación siniestra. No jugaban, imitaban un ambiente ominoso. Confundiendo el orden de la fantasía con el de una realidad donde impera el goce perverso. Los niños huérfanos de palabras, están expuestos a todo tipo de violencia. Los interdictos están ausentes. Sin límites el universo es amorfo, las distinciones no existen, la vida y la muerte tienen el mismo valor, son reversibles.

El desbaratamiento de la vida institucional y los espacios de encuentro al abrirse los mercados, decíamos, tuvo su contraparte en la pobreza y la desigualdad, campo fecundo para el mercado de la droga. La disputa del espacio cambia radicalmente las formas de confrontación. Las tecnologías, el contrabando de armas, facilitan lo anterior. La venta de droga se pelea en cada trozo de calle en donde se ejecuta por unas monedas. La colusión corroe las instituciones. El cinismo e impunidad se imponen. El repliegue, la despolitización ciudadana es su consecuencia. Los tiempos cambian. El tiempo de la violencia es un tiempo paralelo que aumenta por encima de la vida laboral o educativa. Es el tiempo del aturdimiento. Del juego de jugarse la vida por vivirla intensamente, derrochadoramente. Es el tiempo del gasto inútil por el prestigio instantáneo.

La violencia parte de una ontología corporal. De la exposición a la vulnerabilidad que se distribuye desigualmente en la sociedad. Las vidas son o no reconocidas como tales, a partir de una serie de parámetros políticos que las caracterizan precisamente como vidas. Hay otras que son eliminables y colocadas como desechables. Todo depende desde qué parámetros se definen. Por ejemplo, cuando una vertiente del derecho penal define quién es el enemigo del Estado y, por ende, no entra dentro de las normas genéricas y abstractas de los derechos humanos. Los derechos humanos están dentro del deber ser. La discusión no puede establecerse sólo desde ese lugar sin reconocer que ahí donde deberían ser las cosas, no son como tales. Son las normas existentes las que crean el diferencial de lo que es una vida humana reconocible de aquellas otras que no son consideradas como tales. El individuo que por su peligrosidad debe ser arraigado, suspendiendo toda garantía hacia su persona no sólo ha sido colocado dentro de ciertas coordenadas de lo que es o no una vida desechable, sino que tal definición obtura la posibilidad de pensar qué ha hecho la sociedad para fabricar hombres y mujeres que atentan contra el vínculo social

de manera violenta. Qué tipos de violencia se han ejercido sobre ellos que impide relacionarse intersubjetivamente con los otros que no sea de una forma amenazante.²⁹ La violencia de los violentos es fruto de una violencia social que ha dejado fuera del tejido social a millones de personas. Fuera de los vínculos emocionales que la colocan como parte de ser reconocida como un ser humano dentro del juego del deseo familiar. Expulsada de las relaciones educativas, culturales, artísticas, laborales, deportivas que otorgan un sentido profundo a la existencia.

Ser panadero no significa ya más el orgullo de prolongar la tradición familiar, el dominio de los materiales de la naturaleza, la fuerza para enfrentar los inconvenientes de la maquinaria, el refuerzo de una identidad e incluso una idiosincrasia propia de una región. Como dice Sennett, la globalización ha corroído el carácter. Sentirse parte del mundo, orgulloso por pertenecer a la banda musical del pueblo, por representar deportiva, culturalmente a la institución escolar, por dominar un instrumento musical. El prestigio se busca, como dice Philippe Burgois, vendiendo crack. Sobreviviendo en el universo de las armas y la droga.

La presencia del Estado en la sociedad se ha replegado. Hay una variedad muy amplia de esas figuras que adquiere la violencia. Es cierto, nadie tiene comprada la vida, pero la forma en que ésta es considerada cuando muere, habla mucho de esos parámetros de lo que se considera una verdadera vida de aquélla que no lo es. En todos los casos hay una vida que muere, pero las formas de gestión de la impunidad permiten ver este valor diferencial de la vida. Retomando una idea central de Judith Butler, la vida no reconocida es una muerte sin llanto. Impunidad y vida sin llanto, son formas de ver ese diferencial de la precariedad de la vida que es definida como no vida. Como algo desechable.³⁰ Me refiero ahora a las miles

29. Las miles de personas muertas consecuencia de los enfrentamientos derivados de las actividades relacionadas con el crimen organizado, muestran la existencia de una economía de guerra, sustentada en la muerte. La ejecución es un mecanismo de eliminación del rival, de la competencia, de la extorsión, la colusión y el sometimiento; todos éstos procesos propios de las leyes del capitalismo que han tomado otras vías.

30. No me refiero aquí a la reflexión de Garland, Bauman y otros que nos hablan de un capitalismo atroz que no le importa integrar a la población dentro del desarrollo económico, social, etcétera. De un capitalismo que expulsa de sus lugares a millones de seres humanos en forma de refugiados, migrantes, marginados. De personas que, cual retorno de lo reprimido, regresan por una parte del pastel

de muertes que quedan impunes, así como al derecho a la inmunidad del criminal que lesiona a la sociedad. El castigo como institución o está ausente, o forma parte de una distribución diferencial de la precariedad de la vida. Y ello repercute en la forma en que se trata la muerte. Pensemos un momento en cómo se considera la vida de una mujer asesinada; cuáles son los elementos que la definen en tanto vida precaria, es decir, por debajo de otros estándares de indignación. Ese debajo, repercute también en las formas de morir, de ser abusadas, asesinadas, dejando los cuerpos insepultos, tirados en los basureros, en posturas deliberadamente obscenas. Los desaparecidos forman parte de esta precariedad, revelan lo que significa para el Estado el valor de estas vidas. Fosas anónimas, sin palabras y llanto que las acompañe. Fosas que rompen todo ritual sobre el cadáver. Familiares en búsqueda y duelo perpetuo. ¿Qué consecuencias tendrá para la nación este dolor transformado en una deuda insoluble?, ¿quién es merecedor de un obituario, de un lugar en donde la memoria se preserve y quién no lo es?, ¿por qué la autoridad se altera ante la colocación de una placa de una mujer asesinada, por el nombramiento de un parque con el nombre de una periodista ejecutada, por la instauración de cruces en remembranza por los feminicidios o por proponer un monumento-obituario por los desaparecidos? Meditar sobre quiénes merecen ser despedidos con honores y quiénes no, permite reflexionar, junto con Buttler sobre quien define la calidad o el estatuto de una vida humana. No basta con hablar de derechos humanos. La impunidad es una señal siniestra de lo que es o no considerado una vida, de descalificarla. Y, por ende, de definir la muerte. Porque baste que la muerte se relacione con un significante negativo para empañarla, para despojarla de todo su dramatismo.³¹

El discurso es político porque establece unas coordenadas, un encuadre de funcionamiento. Pretende excluir toda reflexividad dada fuera del marco; una vez aceptados los supuestos se interpreta el sentido de esa

a partir de la criminalidad, que prefieren el juego con la muerte y el vértigo, del derroche en el aquí y el ahora, a vivir como parias humanos.

31. El asesinado no es un periodista, con una historia profesional, con una familia, con afectos e intereses propios y de grupo. Es amigo de una colombiana, lo que equivale a decir, de una narcotraficante. Desplazamiento significativo y descalificación. El discurso parte de entendidos y supuestos en torno a lo que se considera una vida digna de aquella que no lo es.

vida y, por ende, de su muerte. Una madre soltera que sale a bailar y es asesinada no es del todo una víctima al subrayarse que dejó a los hijos en casa. Lleva consigo la marca de la infracción, de la culpabilidad anticipada. Todo acontecimiento es una construcción discursiva. El encuadre es una perspectiva social y política que otorga sentido al hecho. Define qué vidas merecen ser lloradas y cuáles no. Deja poco margen al azar, la mala fortuna o la coincidencia. Quien muere calcinado dentro de un casino, asesinado en un bar, en una fiesta o en un reclusorio, se lo busca puesto que, de alguna manera, concreta su destino. Los civiles que mueren como efecto de la guerra en contra del narcotráfico, los llamados daños colaterales, son colocados dentro de ese margen de la mala suerte. El discurso político pretende naturalizar la muerte y con ello justificarla.

Referencias

- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- Bourgois, P. (2010). *En busca del respeto. Vendiendo crack en el Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Buttler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.
- Caillois, R. (1994). *Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Cajas, J. (2004). *El truquito y la maroma, cocaína, traquetos y pistolocos en Nueva York*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Elkin, M. (2000). *Aporías de la cultura contemporánea*. Colombia: Universidad de Antioquia.
- Elías, N. (1994). *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Epele, M. (2010). *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires: Paidós.
- Garland, D. (2005). *La cultura del control. Crimen y orden social en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Gedisa.
- Imbert, G. (2004). *La tentación del suicidio. Representaciones de la violencia e imaginarios de muerte en la cultura de la posmodernidad*. Madrid: Tecnos.
- Keesler, G. (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.

- La Nacion* (2015). “Niños secuestran, torturan y matan a otro durante ‘juego’ en México”, Costa Rica, 17 de mayo de 2015 [www.nacion.com/.../Ninos-secuestran-torturan-matan-Mexico_0_1488051294.htm].
- Legendre, P. (1994). *Lecciones VII. El crimen del cabo Lortie. Tratado sobre el padre*. México: Siglo XXI Editores.
- (1996). *El inestimable objeto de la transmisión. Estudio sobre el principio genealógico de occidente*. México: Siglo XXI Editores.
- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- (2008). *La sociedad de la decepción*. Barcelona: Anagrama.
- Milmaniene, J. (1995). *El goce y la ley*. Buenos Aires: Paidós.
- Morin, E. (2015). *La maña. Un recorrido antropológico por la cultura de las drogas*. México: Penguin Random House.
- Perea, C. (2007). *Con el diablo adentro. Pandillas, tiempo paralelo y poder*. México: Siglo XXI Editores.
- Pommier, G. (2002). *Los cuerpos angélicos de la posmodernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Recalcati, M. (2014). *El complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso progenitor*. Barcelona: Gedisa.
- Sennett, R. (2010). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Simon, J. (2011). *Gobernar a través del delito*. México: Gedisa.
- Sofsky, W. (2004). *Tiempos de horror. Amok, violencia, guerra*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Von Hentig, H. (1980). *Estudios de psicología criminal II. El asesinato*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Wacquant, L. (2009). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.

